

Agricultura Familiar Campesina como alternativa de transición a un modelo de desarrollo inclusivo en Chile

Family Farming as an alternative for transition to an inclusive development model in Chile

Agricultura familiar camponesa como alternativa à transição para um modelo de desenvolvimento inclusivo no Chile

Andrés Fonseca López

Licenciado en Filosofía, Master en Psicología y Gestion Familiar. Asistente social y encargado del Programa de Integración Escolar, Liceo Diego de Almeida (Chile).

Email: afonselopez@gmail.com

RESUMEN ●●●

En el Chile del siglo XXI aumenta la desigualdad, se deteriora la cohesión social y los efectos de la crisis medio ambiental se hacen cada vez más tangibles para la población. Estos son síntomas concretos del agotamiento del modelo económico y social neoliberal heredado desde la dictadura y adoptado durante la transición a la democracia. Insertos en este escenario resulta urgente buscar y plantear alternativas de desarrollo postneoliberal para el país. En esa búsqueda, atendiendo a que integra elementos definitorios del desarrollo económico local y del desarrollo sostenible, examináramos las condiciones de posibilidad de la Agricultura Familiar Campesina y su potencial como alternativa de desarrollo inclusivo para Chile.

Palabras clave: agricultura familiar, modelo de desarrollo, inclusión.

ABSTRACT ●●●

In the twenty-first century Chile, inequality increases, social cohesion deteriorates and the effects of the environmental crisis become increasingly tangible for the population. These are concrete symptoms of the exhaustion of the neo-liberal economic and social model inherited since the dictatorship and adopted during the transition to democracy. Inserted in this scenario, it is urgent to seek and propose post-neoliberal development alternatives for the country. In that search, considering that it integrates defining elements of local economic development and sustainable development, we will examine the conditions of possibility of Family Farming and its potential as an alternative of inclusive development for Chile.

Key words: family farming, development model, inclusion.

RESUMO ●●●

No Chile do século XXI, a desigualdade aumenta, a coesão social se deteriora e os efeitos da crise ambiental se tornam cada vez mais tangíveis para a população. Esses são sintomas concretos do esgotamento do modelo econômico e social neoliberal herdado desde a ditadura e adotado durante a transição para a democracia. Inserido nesse cenário, é urgente buscar e propor alternativas de desenvolvimento pós-neoliberal para o país. Nessa busca, considerando que integra elementos definidores do desenvolvimento econômico local e do desenvolvimento sustentável, examinaremos as condições de possibilidade da Agricultura Familiar Agropecuária e seu potencial como uma alternativa de desenvolvimento inclusivo para o Chile.

Palavras-chave: agricultura familiar, modelo de desenvolvimento, inclusão.

Introducción

En la región latinoamericana e incluso en otras latitudes del mundo se suele hablar del éxito del modelo económico y social chileno vigente desde la dictadura cívico-militar (1973-1990). Importado por un puñado de jóvenes economistas formados en Estados Unidos, los denominados “Chicago Boys”, e implantado sin oposición durante el régimen autoritario, este modelo sin duda ha tenido innegables e importantes logros en términos de crecimiento económico.

Pero las buenas cifras a nivel marcoeconómico contrastan con lo que se observa cuando superamos el enfoque reduccionista de los tecnócratas. Desde una mirada más social, saltan a la vista las “externalidades negativas” del modelo. Por ejemplo, si integramos el componente social al enfoque económico, documentos como el último informe del PNUD “Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile” (2017), demuestran con datos duros que pese al sostenido crecimiento económico de las últimas décadas, aún persiste -e incluso se agudiza- un problema de larga data en Chile y en toda la región latinoamericana: una marcada desigualdad en la distribución de la riqueza social.

Paradójicamente, según los defensores del

modelo, la mejor fórmula para avanzar en la disminución de la desigualdad social no se encuentra en políticas redistributivas, sino que en crecer aún más. Pero eso no será posible. El modelo también está dando señales de agotamiento en el ámbito económico. La matriz productiva del país, centrada en la extracción y exportación de recursos naturales, frutas, salmones y vino ya no es tan rentable. La alta volatilidad de los mercados internacionales y la poca competitividad de la producción nacional por su bajo valor agregado no permiten proyectar el modelo a largo plazo.

Y eso no es todo. La vocación extractivista del modelo chileno encuentra su tercera piedra de tope en el medio ambiente. La degradación ambiental que deja este modelo ha mermado el desempeño productivo y, como efecto colateral, ha convertido a numerosas comunidades en verdaderas zonas de sacrificio ambiental con impacto directo en la biodiversidad y la salud de la población humana.

En resumen, estamos frente a un modelo de crecimiento ciego, no sostenible ni desde el punto de vista social, ni económico ni ambiental.

Este diagnóstico, aunque no es reciente, durante los últimos años ha logrado instalarse con mayor fuerza en la sociedad chilena y ha llevado a “desencadenar las capacidades teóricas, la imaginación sociológica y los imaginarios

sociales que abran las vías hacia un futuro sustentable y un mundo diverso” (Leff, 2014, p. 131). Distintos sectores y estamentos se encuentran en búsqueda de alternativas que corrijan los excesos neoliberales del modelo y avancen en la concreción de un desarrollo auténtico, es decir inclusivo y sostenible.

Es en esa búsqueda de alternativas aparece en el horizonte, acompañada de otras propuestas, la Agricultura Familiar Campesina. Definida por la Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO) como

“una forma de organizar, la producción agrícola y silvícola, así como la pesca, el pastoreo y la acuicultura, que es gestionada y dirigida por una familia y que en su mayor parte depende de mano de obra familiar, tanto de mujeres como de hombres” (FAO, 2014^a, p.1).

Consideramos que este modo de sostener la vida puede convertirse en un referente para la corrección de los excesos del modelo y, más allá, puede llegar a perfilar un modelo de desarrollo a escala humana.

Es que antes de aspirar al gigantismo que atraviesa la idea moderna de progreso, la Agricultura Familiar Campesina pone sus esfuerzos en la producción y reproducción de la vida “desde la unidad básica y natural de sociedad” (Tur-Porcar et al., 2014, p. 4) que es la familia. Esto determina una economía de baja escala, de abajo hacia arriba (Max-Neff, 1998), que prioriza por micro y pequeñas empresas insertas en circuitos de economía social y solidaria con fuerte vocación local y que, comparada con otras actividades humanas, en términos ambientales, exhibe un bajo impacto sobre el entorno. Es decir, en este modo de producción y forma de vida convergen y se articulan elementos definitorios del desarrollo económico local y del desarrollo sostenible. Elementos que son condiciones fundamentales para el proceso de aumento de capacidades y oportunidades de las personas para lograr una vida digna y saludable, en un entorno de libertades, que es como el PNUD ha definido el Desarrollo Humano en su informe de 1990.

Sabemos, no obstante, que dentro del imaginario de alternativas posibles para un futuro sustentable, aparecen distintas fórmulas atractivas. Por lo mismo, urge evaluar el potencial de cada una de las fórmulas que se manifiestan como alternativas posibles para transitar a un modelo de desarrollo inclusivo como el que queremos para Chile. En las siguientes páginas, desde las ciencias sociales, aunque con una perspectiva evidentemente interdisciplinar, intentaremos aportar con el examen de esta alternativa particular que es la Agricultura Familiar Campesina.

Este ejercicio permitirá, además, reivindicar tanto lo rural en general como la Agricultura Familiar Campesina en particular en su real importancia para el desarrollo del país. Porque hasta el momento, como señala un estudio elaborado por el RIMISP-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural, la Agricultura Familiar está bastante subestimada en la discusión pública, siendo asociada a la pobreza rural (Berdegué, 2014) antes que a un modo de producción con potencial transformador en el escenario actual.

Metodología

El objetivo principal de la reflexión teórica a presentar, es examinar las condiciones de posibilidad de la Agricultura Familiar Campesina como una alternativa de transición hacia un nuevo modelo de desarrollo para Chile, en momentos en que su modelo económico y social actual da claras señales de agotamiento.

En cuanto a los objetivos específicos se han establecido los siguientes:

- Caracterizar la crisis del modelo chileno en sus dimensiones económica, social y ambiental.
- Definir y caracterizar a la Agricultura Familiar Campesina.
- Examinar las condiciones de posibilidad de la Agricultura Familiar Campesina en Chile como alternativa de transición hacia un modelo de desarrollo inclusivo (en sección conclusiones).

En sintonía con el objetivo principal, se ha optado por abordar la reflexión mediante estudio de caso y revisión de literatura, con el fin de delimitar el objeto de la Agricultura Familiar Campesina y su grado de extensión-aplicación en el ámbito nacional y en tiempo presente, es decir en el marco de la realidad social, económica y ambiental chilena actual. En atención a lo anterior, la revisión de literatura y de reportajes de investigación respaldan nuestras reflexiones en torno a cuestiones relativas de las dimensiones social y ambiental. Los datos cuantitativos, por otro lado, informan básicamente sobre aspectos económicos del caso de estudio.

Por último, cabe señalar que pretendemos lograr alcances descriptivos durante la etapa de resultados y exploratorios en la etapa de discusión-conclusiones.

Las dimensiones de una crisis sistémica

Según el Banco Mundial, en las últimas décadas, “Chile ha sido una de las economías de más rápido crecimiento en Latinoamérica” (2017). Los logros más satisfactorios de este crecimiento han sido la reducción de la pobreza y el aumento del acceso a bienes materiales y servicios por parte de la población. Sin embargo, una sensación de malestar atraviesa a Chile. Somos líderes mundiales en depresión, ansiedad, drogodependencias, suicidios, conducta antisocial, estrés, etc.

Desde una perspectiva psicosocial, sostenemos que estas preocupantes cifras son síntomas de una crisis de subjetividad determinada en gran medida por una crisis sistémica multidimensional del llamado “modelo chileno”. Es decir, el agotamiento de un modelo político y económico que, si bien cumplió su función durante un periodo histórico específico, ahora demanda transformaciones estructurales en distintos aspectos que exigen algo más que simple crecimiento del producto interior bruto.

Decimos que la crisis del modelo es sistémica y multidimensional asumiendo la definición

de sistema como “Un conjunto de elementos o componentes directa o indirectamente relacionados en una red causal, de modo que cada componente está relacionado por lo menos con varios otros de modo más o menos estable, en un lapso dado” (Gumbau & Escrivá, 2006, p. 9). En el modelo chileno están fallando muchos componentes. Por cuestiones prácticas abordaremos la crisis del modelo desde tres de ellos, los que nos parecen claves para dibujar dicha crisis, en la forma de dimensiones: la dimensión social, la dimensión económica y la dimensión ambiental. Pasamos a revisar la primera.

En Chile los niveles de desigualdad social son escandalosos. En primer lugar, por su importancia como factor determinante en el acceso a diversos bienes y servicios, tenemos la desigualdad de ingresos. Según el índice Gini, donde 0 es igualdad total y 1 desigualdad total -expresados como valores entre 0 y 100-, el año 2015 Chile marcaba un 47,6. Si bien esta cifra registra un avance respecto 52,1 del año 1990, ese avance no es significativo. En los países desarrollados el índice se acerca a un 25. En ese sentido estamos más cerca de países como Haití que marca cifras alrededor de 60 (PNUD, 2017 pp. 74-76).

Para hacernos una imagen más concreta, en el país austral el 30% de los ingresos de la sociedad los concentra el 1% de la población (PNUD, p. 77). Mientras que para el año 2015 el 50% de los trabajadores asalariados obtuvo un ingreso mensual menor a \$343.000 pesos chilenos (PNUD, pp. 74-77), unos 450 dólares aproximadamente. Situación que es aún peor para las mujeres; también hay una brecha salarial de género. Según el estudio de la Fundación Sol “Mujeres Trabajando” (Brega et al., 2015), el 50% de ellas percibe menos de \$221.000 pesos chilenos líquidos al mes. Es decir, cerca de 300 dólares.

Así el panorama, en un modelo político y social que ha permitido y promovido la mercantilización de derechos humanos básicos como la salud, la vivienda y la educación, el acceso a estos derechos está determinado por el nivel de ingresos que reciba cada individuo o grupo

familiar. O peor aún: según su capacidad de endeudamiento. Veamos esto en detalle.

La salud puede ser de buena o mala calidad según los ingresos, al punto que según un informe del Ministerio de Salud, el año 2016, “22.459 (...) pacientes que esperaban una primera consulta con un especialista y 2.358 (...) que necesitaban una cirugía” (Cooperativa.cl, 2017) fallecieron por falta de atención en el sistema público de salud, es decir en el sistema de salud al que pueden acceder los pobres.

En cuanto a vivienda y territorio, en Chile se observa una inequitativa distribución territorial de infraestructura pública, servicios, empleos, transporte, espacios ciudadanos, establecimientos de seguridad y otros recursos que contribuyen a mejorar la calidad de vida en un barrio y a aumentar las oportunidades de bienestar en su población. Un caso representativo de esta condición de desigualdad territorial es lo que ocurre con la distribución de áreas verdes. Dos comunas de la Región Metropolitana de Chile, separadas por pocos kilómetros de distancia: mientras en Vitacura la superficie de áreas verdes alcanza 56,2 m² /hab, la comuna popular de El Bosque apenas cuenta con 1,8 m² /hab. (Ministerio del Medio Ambiente, 2012, p. 227).

Pero más grave que este asunto de las áreas verdes, es el hecho de que la población perteneciente a los estratos que perciben menores ingresos queda relegada a “espacios fuera de la satisfacción efectiva de una parte o la totalidad de sus derechos” (Beytía, 2014), generando un verdadero apartheid que ha permitido que en algunas “poblaciones” -nombre dado a los barrios populares en Chile-, florezca un modo de vida al margen del Estado y de la ley donde, construido sobre la miseria de las adicciones y el terror de las balaceras, el narco ha tomado el rol de un verdadero estado benefactor informal (Guerra & Figueroa 2012).

En lo que respecta a la educación, podemos señalar que luego de las movilizaciones estudiantiles del año 2011, la última administración ha conseguido mejorar en alguna medida el acceso a este derecho. Sin embargo, aún no se

concibe la educación como un derecho social y todavía hay diferencias abismantes entre la enseñanza pública y la enseñanza privada. Estas se hacen manifiestas cada año en evaluaciones educativas estandarizadas de alcance nacional como el SIMCE (El Mostrador, 2016) y la PSU, prueba de ingreso a la enseñanza superior universitaria (Cooperativa.cl, 2016).

Luego de sortear esas brechas, los estudiantes de extracción socioeconómica baja, en caso de acceder a la enseñanza superior, por los altos costos en los aranceles (Basso, 2015), terminan adquiriendo una enorme carga financiera en forma de deuda que dificulta la concreción del sueño de la movilidad social.

Para algunos sectores específicos de la población chilena, la situación resulta aún más compleja. Los adultos mayores en Chile, no participan de un sistema de seguridad social propiamente tal. Por el contrario, integran un lucrativo modelo de negocios. El sistema previsional opera mediante un sistema de capitalización individual donde los ahorros de los trabajadores van a parar a los fondos de inversión de las denominadas Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) que obtienen altas utilidades para las compañías y una baja tasa de recambio para la jubilación. El promedio de ingresos que recibían los jubilados en Chile el año 2015 gracias a este formato previsional era de apenas \$191.331 pesos chilenos, o sea cerca de 250 dólares. (Unidad de Data El Mostrador, 2016). Un poco más de la mitad del salario mínimo con el que deben cubrir sus necesidades básicas además del costo de cuestiones propias de su edad avanzada como prestaciones de salud y de medicamentos.

Aunque las ganancias del sector rentista y financiero como la banca y las mismas AFP alcanzan cifras bastante auspiciosas, el modelo no satisface las expectativas de crecimiento de los gremios empresariales dedicados al ámbito productivo. La vocación extractivista, exportadora y prácticamente monoprodutiva del país ya no tiene los mismos rendimientos que en el pasado. Como podemos apreciar en el siguiente gráfico, lejos de alcanzar las cifras de crecimiento en relación al PIB por sobre los dos

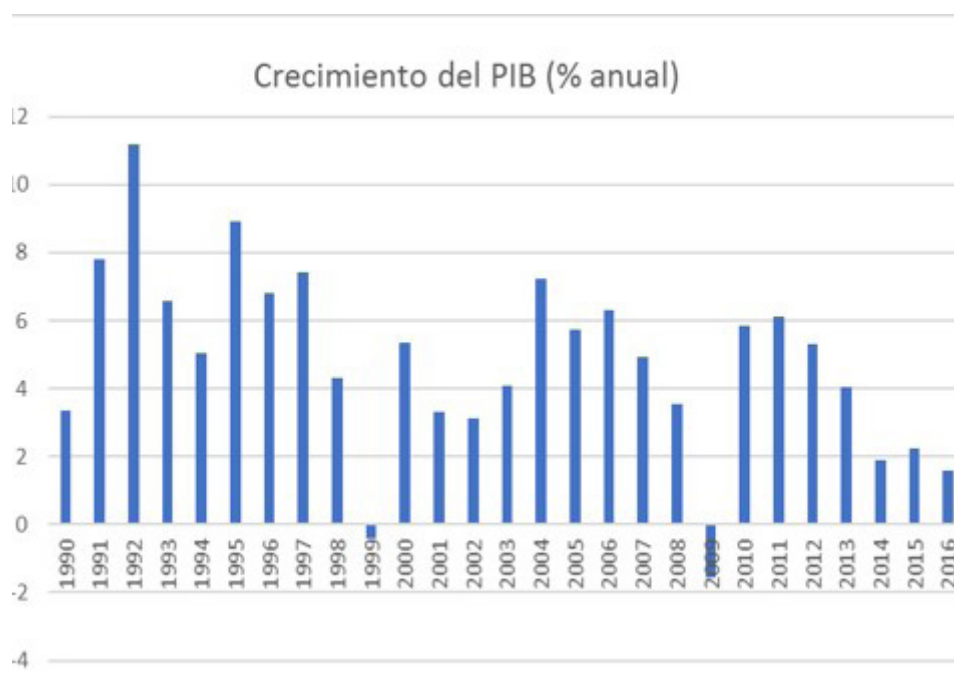


Figura 1 Crecimiento del PIB (% anual) en Chile. Fuente: elaboración propia.

dígitos del año 1992 y tras una leve recuperación de los efectos de la Crisis Subprime el año 2010 con un 5,89% de crecimiento anual, la tónica de los últimos años ha sido una desaceleración en el crecimiento llegando a apenas un 1,58 % el año 2016.

Si bien desde la sociedad chilena se elaboran distintos relatos explicativos para esta situación, siendo el más común la crítica a la administración política de turno, lo cierto es que, como señalábamos en el marco conceptual, la imposibilidad de competir con mercados y potencias económicas enormes como China, la inestabilidad de los precios de las exportaciones estrella como el cobre y el escaso o nulo valor agregado que caracteriza a las materias primas, es un problema de proporciones que invita a repensar la matriz económico-productiva del país.

Estrechamente relacionado con este último punto es el desafío que plantea la dimensión ambiental. Actualmente, según el Instituto Nacional de Derechos Humanos, en Chile hay 102 conflictos socioambientales activos (Instituto Nacional de Derechos Humanos, 2015). Numerosos pueblos y ciudades a lo largo del país han llegado a denominarse “zonas de

sacrificio”, en alusión al sacrificio ambiental que se hace en función de la instalación de yacimientos de la industria extractivista -esencialmente minera- y de instalaciones productivas de baja tecnología y alto impacto ambiental como termoeléctricas, plantas faenadoras de ganado, salmoneras, etc. Debido a la débil institucionalidad ambiental del país, derechos como el Derecho a la salud y Derecho a un medio ambiente libre de contaminación son pasados a llevar habitualmente en nombre del progreso y la promesa de empleos.

También son motivo de conflicto el Derecho al agua y el Derecho al territorio y a los recursos naturales. La agroindustria junto con el reemplazo del bosque nativo por plantaciones forestales de especies exóticas como el pino y el eucalipto para las madereras y la industria de celulosa, han deteriorado gravemente los suelos cultivables además de generar escasez hídrica por su alto consumo de agua. Escasez que, en un marco constitucional que ha dejado los derechos de agua en manos de privados de manera gratuita y a perpetuidad (Mundaca, 2012), pone en serio riesgo la continuidad de las comunidades rurales e incluso urbanas.

Por todo lo anterior expuesto urge encontrar

formas alternativas de producción y reproducción social que permitan esbozar un modelo distinto que garantice el desarrollo social, cultural y económico de la población con equidad social y equilibrio ecológico.

Agricultura Familiar Campesina: una alternativa integral.

Hemos realizado una exposición y análisis macro de las dimensiones clave en la crisis del modelo chileno. Ahora nuestra intención es ofrecer una propuesta para la construcción de un modelo alternativo que avance progresivamente hacia el desarrollo inclusivo y sostenible. Sostenemos que para establecer un contraste con el modelo impuesto desde arriba, en un régimen autoritario, con un enfoque reducido al éxito macroeconómico, pero que no atendía a las necesidades humanas, cualquier propuesta de construcción alternativa debe iniciar su proyecto desde un nivel micro; repensar la “administración de la casa” (oikos-nomos) abordando epistemológica y operacionalmente las dimensiones social, económica y ambiental desde sus aspectos más básicos.

El núcleo básico de la sociedad es la familia. La producción y distribución de lo esencial para la vida -como la alimentación- es el origen de toda economía. Una unidad básica en la que enmarcar un ecosistema determinado es el territorio local. Es así como llegamos a nuestra propuesta de promover y fortalecer la Agricultura Familiar Campesina como una alternativa de desarrollo viable a la crisis en curso.

En términos conceptuales, en el marco del Año Internacional de la Agricultura Familiar - AIAF 2014, la Agricultura Familiar Campesina fue definida como

“una forma de organizar, la producción agrícola y silvícola, así como la pesca, el pastoreo y la acuicultura, que es gestionada y dirigida por una familia y que en su mayor parte depende de mano de obra familiar, tanto de mujeres como de hombres” (Foro Rural Mundial, 2014).

En estas labores de gestión y dirección, “La familia y la explotación están vinculadas, co-evolucionan y combinan funciones económicas, ambientales, reproductivas, sociales y culturales” (FRM, 2014). Es decir, estamos frente a un microsistema familiar, con aspectos y dimensiones interdependientes y dinámicas, pero que se extiende a otras estructuras del entorno por medio de la institución de prácticas económicas y la instalación de un imaginario de creencias y valores propios. (Tur-Porcar et al., 2014).

Es importante agregar que, por la cantidad de sistemas, estructuras y dimensiones que se integran en esta actividad, la Agricultura Familiar Campesina no sólo describe un grupo familiar dedicado a una actividad de producción particular -la familia como empresa- en el espacio rural, sino que se trata de un modo de vivir específico, con otros valores estéticos y éticos, en ruptura con las tendencias de la Modernidad occidental. Este estilo agrario parece encarnar lo que Enrique Leff (2004) ha descrito como una nueva racionalidad ambiental que avanza en dirección contraria a la razón instrumental productivista. Como bien señala el Ministerio de Agricultura de Chile, la Agricultura Familiar Campesina “está asociada al conocimiento y al cuidado de las tradiciones locales, al consciente manejo de la tierra y a la sostenibilidad de los ecosistemas” (Contreras et al., 2016, p. 2).

En el modelo gráfico “La flor de la Agricultura Familiar” (Gráfico 2) podemos apreciar los distintos elementos que se articulan en torno a esta actividad y modo de vida.

Pero, en concreto ¿qué ofrece la Agricultura Familiar Campesina para superar la crisis actual? Para mantener un hilo conductor entre análisis crítico y propuestas, pasemos a revisar el potencial de la Agricultura Familiar en las mismas dimensiones de las que nos hemos servido para explicar la crisis del modelo. Comencemos por la dimensión social.

La Agricultura Campesina de base familiar se diferencia de otros modelos de organización social y económica por “sus fuertes redes de protección social, la preservación cultural y de tradiciones, así como el arraigo al medio rural,



Figura 2 Flor de la agricultura familiar (Van der Ploeg, 2013).

entre otros" (FAO, 2014b, p. 11). Anteriormente hemos entregado datos que dan cuenta de las enormes brechas sociales que existen entre ricos y pobres en Chile, y que se manifiestan en el nivel ingresos y acceso a derechos como la salud, la educación y la vivienda. Si bien la Agricultura Familiar Campesina no tiene la capacidad de resolver por sí sola un problema tan complejo, en tanto propuesta de transición hacia otro modelo, ya prefigura un tipo de organización social donde la protección de sus miembros es un elemento central.

Organizados bajo modelos asociativos, el sentido de cuidado y protección inherente al grupo familiar se extiende a la red completa de agricultores, por ejemplo en las federaciones de agricultores y en los circuitos de la economía social y solidaria, se levantan estrategias

colectivas de solución de dificultades propias de la actividad como son el riesgo climático como sequías, incendios o inundaciones.

Estos esquemas organizativos y sus dinámicas, así como la preservación cultural y el arraigo al territorio, amortiguan en alguna medida los niveles de precariedad e incertidumbre material y subjetiva que se experimenta cotidianamente bajo el modelo chileno. Además, se supera el individualismo y la profunda atomización social que ha promovido el modelo actual.

En la dimensión social también cabe destacar la temática de género. Mientras bajo las múltiples desigualdades el modelo chileno las mujeres se ven afectadas por una brecha salarial de género, bajo la Agricultura Familiar Campesina las mujeres toman protagonismo. Según la FAO, se puede hablar de un proceso de feminización

del campo. Un botón de muestra: en Chile, se pasó de un 20% de explotaciones agrícolas con jefatura a femenina en 1997 a un 30% en 2007 (2014b, pp. 42-43). Pero no sólo tienen un rol económico-productivo, también “juegan un papel relevante en la recuperación y protección del medio ambiente y del patrimonio cultural” (2014b, p. 102). Todo esto, “junto con todas las tareas domésticas y de cuidado que enfrentan” (2014b, p. 102).

En la dimensión económica el aporte de la Agricultura Familiar Campesina se enmarca en el denominado desarrollo económico local. Arraigada en el territorio rural y casi siempre organizada bajo la forma de pequeña empresa, muchas veces inserta en circuitos de economía social y solidaria, la Agricultura Familiar Campesina ejerce un papel fundamental para la superación de pobreza de las familias rurales, pero también como garante de la seguridad alimentaria tanto rural como urbana.

Aunque está lejos de alcanzar los niveles de rentabilidad de la industria agroexportadora que promueve el modelo chileno, al privilegiar circuitos locales e incluso el autoconsumo de subsistencia, tiene como fuerte estar menos sujeta a la inestabilidad económica de los mercados globales a la que sí está sujeta el modelo agroexportador. También en contraste con la agroindustria, cifras del Grupo ETC señalan que esta utiliza más de un 75% de los recursos disponibles para la actividad -agua, suelo y combustibles- y consigue alimentar a menos de un 30% de la población global, en tanto que la Agricultura Campesina provee de alimentos al 70% de la población mundial utilizando menos de un 25% de esos recursos (ETC Group, 2017, p. 6).

En otras palabras, en una dirección diferente a la que se dedica exclusivamente a la obtención y maximización de utilidades, estamos frente a una actividad económico-productiva relativamente resistente frente a las vicisitudes de los mercados internacionales, fundamental para la seguridad alimentaria mundial y significativa en cuanto a su aporte y retorno social. Todos elementos que favorecen el desarrollo económico inclusivo.

Asimismo, en la dimensión ambiental, tiene una serie de características en sintonía con el ecodesarrollo y los objetivos del desarrollo sostenible: “favorecer un desarrollo de la humanidad satisfaciendo sus necesidades actuales y futuras, mejorando la calidad de vida de las personas dentro de las capacidades de regeneración y de mantenimiento, de la integridad y equilibrio de los ecosistemas” (Gumbau & Escrivá, 2006, p. 20).

De hecho, es en esta dimensión donde la Agricultura Campesina de base familiar evidencia mayor potencial transformador. Con matices en sus prácticas, integrando saberes tradicionales y nuevas tecnologías o ecotécnicas, la Agricultura Familiar Campesina avanza en el camino de la sostenibilidad ecológica. Todas estas estas prácticas y técnicas, ponen énfasis y giran en torno a seis objetos de protección y uso sustentable que bajo el modelo chileno actual, o son objeto de propiedad privada, o se han visto profundamente degradados por la actividad humana e industrial inconsciente: el suelo, el agua, el aire, la biodiversidad, la energía y la salud de las personas (Instituto de Desarrollo Agropecuario, s.f.). Esto ya representa una corrección considerable a los excesos del modelo.

En este cruce de saberes del pasado y técnicas modernas, siguiendo a la Fundación CRATE (2015), encontramos entre otros aspectos a destacar:

- Menor uso de combustibles fósiles que contribuyen al efecto invernadero.
- Uso responsable y racional de los recursos hídricos.
- Conservación de la biodiversidad, por ejemplo, del patrimonio genético en el cuidado y reproducción de semillas locales.
- Aunque se rescata el patrimonio genético, contra el impacto ambiental y el riesgo económico de los modelos monoproducidos, también se introducen nuevas especies.
- Manejo racional de vegetación y especies animales nativas, como en el caso de la forestería comunitaria.
- Cuidado y recuperación del suelo erosionado mediante técnicas como el abono natural

o la labranza cero.

- Se despliega de forma dispersa en el territorio rural, lo que mitiga la capacidad de carga sobre los ecosistemas.

En un abordaje integral, se ponen en marcha modelos agrícolas como la agricultura orgánica, la agroecología y la permacultura, fórmulas que aplican el conjunto de estas y otras técnicas que, contrastando con los principios de la agricultura industrial, armonizan eficiencia con bajo impacto ambiental.

Otro aspecto importante de destacar es que, así como el bajo impacto ambiental de la Agricultura Familiar Campesina contribuye a mitigar el cambio climático, esta también de muestras de una alta capacidad adaptación y resiliencia frente a este fenómeno a pesar de la vulnerabilidad que puedan tener las pequeñas explotaciones (FAO, 2014b).

Discusiones-conclusiones

Hemos caracterizado la crisis del modelo de crecimiento chileno y entregado las notas definitorias de la Agricultura Familiar Campesina. Luego de eso es posible visualizar como la Agricultura Familiar Campesina evidencia aspectos de potencial transformador en las dimensiones social, económica y ambiental que podrían contribuir a la superación de ciertas tensiones y contradicciones, que encarna el sistema político-económico actual en Chile. Por ahora, queremos referir las condiciones de posibilidad que existen para levantar y promover este modo de producción como alternativa viable, para transitar hacia un modelo de desarrollo inclusivo. En este punto, encontramos grandes dificultades de orden subjetivo y objetivo.

De acuerdo a datos de la Organización para la Alimentación y la Agricultura de las Naciones Unidas (FAO), la Agricultura Familiar Campesina ocupa un lugar importante en el mundo: cerca del 98% de las explotaciones agrícolas a nivel global, son de este tipo (2014b). En América Latina y El Caribe en tanto, cerca del 81% de las explotaciones agrícolas de la región corresponderían en su origen a iniciativas

asociadas a la Agricultura Familia Campesina (2014b, p. 35).

En Chile, sin embargo, no se cumple ni la tendencia global ni Latinoamericana. Según proyecciones del Instituto Nacional de Estadísticas, el año 2016 la población rural alcanzaba cerca del 13% de la población (Faigenbaum, 2017). Este proceso de descampesinización se explica en dos niveles. En un nivel simbólico-cultural, el modelo chileno ha creado una serie de expectativas -en base a la construcción de un imaginario de consumo- que poco tienen que ver con el mundo rural, lo que ha propiciado el progresivo abandono de estos territorios por parte de sus habitantes, en especial los más jóvenes.

El estudio “Los nietos de la reforma agraria” publicado por INDAP, en el año del 50 aniversario de la mayor transformación social y política de la historia de Chile: la Reforma Agraria, sintetiza esta visión pesimista que los jóvenes rurales sostienen frente al campo en la frase “se puede vivir, pero no se puede surgir” (Faigenbaum, 2017, p. 22). Y continúa: “en la visión de estos jóvenes, el trabajo agrícola, el pesado laboreo a la intemperie, el del potrero y el galpón, sea como jornalero o como agricultor independiente, no está en su horizonte de lo deseable, representa más bien el último lugar de sus “preferencias”” (Faigenbaum, 2017, p. 22). Esta tendencia se presenta a nuestro juicio como la principal dificultad -de orden subjetivo- para promover la Agricultura Familiar Campesina como alternativa de transición.

Esa dificultad subjetiva no es casual. Responde a condiciones objetivas o materiales bastante específicas y reconocibles en el campo chileno. Para quienes se quedan en el campo, bajo las transformaciones económico-productivas del neoliberalismo, el escenario es muy distinto al de un territorio propiamente rural. Desde la contrarreforma agraria impulsada durante la última dictadura cívico-militar que se impuso en 1973, podemos nombrar fenómenos concretos que modifican radicalmente la fisonomía del mundo rural en Chile. El ex-Ministro de Agricultura Jacques Chonchol enumera en detalle este proceso de contrarreforma y sus alcances en su último libro “Por una nueva

Reforma Agraria para Chile” (2018). Quisiéramos detenernos especialmente en dos de ellos por su profundo impacto en los modos de producción y formas de vida rurales: nos referimos al cambio en el régimen de propiedad de la tierra y derechos de agua y, por supuesto, la apertura comercial con vocación exportadora propia del modelo neoliberal, que facilitó la llegada de la agroindustria al campo chileno.

El proceso de desposesión (Harvey, 2005) del que fueron víctimas los campesinos durante la contrarreforma agraria los privó de acceso a la tierra, la que incluso fue progresivamente cambiando su carácter productivo y fue rematándose en calidad de parcelas de agrado. Por otra parte, se privatizaron los derechos de agua, y con la llegada de agroindustria, se proletarizó al antiguo campesino convirtiéndolo en temporero u operario de planta de empaque de frutas. Este tipo actividad agrícola extensiva y de vocación industrial, se caracteriza por su alto uso de recursos espaciales e hídricos, por lo que se convierte en el símbolo perfecto de la desposesión de tierra y agua por la que fueron afectados los campesinos desde la contrarreforma y hasta la actualidad. De modo diverso y complejo, por medio de una transformación tanto cultural como material, el mundo rural fue sometido a las formas del mundo urbano.

En este contexto, las posibilidades de proyectar la Agricultura Familiar Campesina como una alternativa concreta a la crisis del modelo, resultan escasas aún. Sin embargo, los modos

de relación con el medio y de producción que caracterizan este tipo de agricultura, están siendo mantenidos y promovidos tanto por las familias de tradición campesina, como por familias y colectivos que, a contracorriente, optan por repoblar el campo y que nutriéndose de los saberes tradicionales y de las innovaciones generadas por la agroecología, las energías renovables no convencionales y las nuevas modalidades de economía solidaria, pretenden suscitar la transición hacia un modelo más inclusivo y sostenible. Como sea, el flujo migratorio del campo hacia el campo, no resulta aún un fenómeno masivo.

Eventualmente, el ensanchamiento de los límites que determinan las actuales condiciones de posibilidad de este modo de producción y forma de vida, pasa por lo que ha planteado Chonchol, junto a voces reconocidas dentro de movimientos campesinos como la de Rodrigo Mundaca (Movimiento de Defensa por el acceso al Agua, la Tierra y la protección del Medio Ambiente – MODATIMA), quienes postulan y sostienen la necesidad de impulsar una segunda Reforma Agraria (Inter Press Service, 2017), que considere las necesidades de los habitantes de los territorios rurales y les entregue derechos y garantías mínimos para el desarrollo de sus proyectos productivos y de vida en dichos espacios. En este momento, una nueva Reforma Agraria puede parecer una idea lejana, pero en ningún caso es un delirio voluntarista: la crisis estructural del modelo chileno y la crisis ambiental global exigen transformaciones radicales.

Referencias

Banco Mundial (2017). Chile Panorama General. Recuperado de: <http://www.bancomundial.org/es/country/chile/overview>

Basso, P. (2015). En Chile se cobran los aranceles universitarios más caros del mundo. El Mostrador. Recuperado de: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2015/09/09/en-chile-se-cobran-los-aranceles-universitarios-mas-caros-del-mundo/>

Berdegú, J. (2014). La Agricultura Familiar en Chile, Serie Documento de Trabajo N° 152, Grupo de Trabajo Desarrollo con Cohesión Territorial, programa Cohesión

Territorial para el Desarrollo. Santiago de Chile, RIMISP.

Beytía, P. (2014). Segregación urbana: la "otra" desigualdad de Chile. Recuperado de: <https://blogs.iadb.org/ciudadessostenibles/2014/09/14/la-otra-desigualdad-de-chile/>

Brega, C., Durán, G., Sáez, B. (2015). Mujeres Trabajando. Una exploración al valor del trabajo y a la calidad del empleo en Chile. Recuperado de: <http://www.fundacionsol.cl/wp-content/uploads/2015/03/Estudio-Mujeres-Trabajando-2015.pdf>

Contreras, R., Márquez, J., & Valdés, P. (2016). Proyección internacional de la Agricultura Familiar Campesina. Oficina de Estudios y Políticas Agrarias. Recuperado de: <https://www.odepa.gob.cl/wp-content/uploads/2017/12/agriculturaFamiliar2016.pdf>

Cooperativa.cl (2016). Brecha socioeconómica y de género marcan resultados de la PSU. Cooperativa.cl. Recuperado de: <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/educacion/psu/brecha-socioeconomica-y-de-genero-marcan-resultados-de-la-psu/2016-12-26/140200.html>

Cooperativa.cl (2017). Casi 25 mil personas en lista de espera murieron en 2016. Cooperativa.cl. Recuperado de: <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/salud/hospitales/casi-25-mil-personas-en-lista-de-espera-murieron-en-2016/2017-04-15/100343.html>

El Mostrador (2016). SIMCE y la radiografía de la desigualdad: estudiantes vulnerables tardarían 40 años en alcanzar a los de colegios privados. El Mostrador. Recuperado de: <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/04/25/simce-y-la-radiografia-de-la-desigualdad-estudiantes-vulnerables-tardarian-40-anos-en-alcanzar-a-los-de-colegios-privados/>

ETC Group (2017). ¿Quién nos alimentará? La red campesina alimentaria o la cadena industrial. Recuperado de: <http://www.etcgroup.org/sites/www.etcgroup.org/files/files/etc-quienosalimentara-2017-es.pdf>

Faiguenbaum, S. (2017). Los Nietos de la Reforma Agraria: Empleo, realidad y sueños de la juventud rural en Chile. Santiago de Chile, INDAP.

FAO (2014a). Agricultores familiares. Alimentar al mundo, cuidar al planeta. Recuperado de: http://www.fao.org/fileadmin/user_upload/iyff/pdf/Family_Farming_leaflet-print-es_01.pdf

FAO (2014b). Agricultura Familiar en América Latina y el Caribe. Recomendaciones de política. Recuperado de: www.fao.org/docrep/019/i3788s/i3788s.pdf

Foro Rural Mundial (2014). Agricultura Familiar ¡Por un futuro alimentario sostenible! Recuperado de: http://www.familyfarmingcampaign.net/archivos/comunicacion/diptico_aiaf_castweb.pdf

Fundación CRATE (2015). Desarrollo de los sistemas de agricultura familiar campesina de auto subsistencia del secano de la precordillera andina, diócesis de Talca, Región del Maule. Recuperado de: <http://ds.crate.cl/?p=1203>

Guerra, T., & Figueroa, J. P. (2012). El dominio del narco en las poblaciones más vulnerables de Santiago. CIPER Chile. Recuperado de: <http://ciperchile.cl/2012/10/22/el-dominio-del-narco-en-las-poblaciones-mas-vulnerables-de-santiago/>

Gumbau, J. B., & Escrivá, F. (2006). Familia y medio ambiente. Valencia, Alfa Delta Digital.

Harvey, D. (2005). El “nuevo” imperialismo: acumulación por desposesión. *Socialist register 2004* (enero 2005). Buenos Aires, CLACSO.

Instituto de Desarrollo Agropecuario (s.f.). Introducción programa de agricultura sustentable. Recuperado de: <https://www.indap.gob.cl/te-recomendamos/medio-ambiente/programa-agricultura-sustentable/introduccion-programa-de-agricultura-sustentable-indap>

Instituto Nacional de Derechos Humanos (2015). Mapa de conflictos socioambientales en Chile. Recuperado de: <http://mapaconFLICTOS.indh.cl/conflicto/listado>

Inter Press Service (2017). Derecho al agua impulsa propuesta de reforma agraria en Chile. Recuperado de: <http://www.ipsnoticias.net/2017/05/derecho-al-agua-impulsa-propuesta-de-reforma-agraria-en-chile/>

Leff, E. (2004) *La racionalidad ambiental*. México, Siglo XXI.

Leff, E. (2017). *Las relaciones de poder del conocimiento en el campo de la Ecología Política: una mirada desde el sur*. Ecología política latinoamericana. Volumen 1. Buenos Aires, CLACSO-UAM.

Max-Neff, M. (1998). *Desarrollo a Escala Humana*. Barcelona, Icaria Editorial, S.A.

Ministerio del Medio Ambiente (2012). Informe del Estado del Medio Ambiente 2011. Recuperado de: http://www.mma.gob.cl/1304/articles-52016_Capitulo_6.pdf

Mundaca, R. (2012). La privatización de las aguas en Chile viola los derechos humanos. CIPER Chile. Recuperado de: <http://ciperchile.cl/2012/02/17/la-privatizacion-de-las-aguas-en-chile-violalos-derechos-humanos/>

van der Ploeg, J. D. (2013). Diez cualidades de la Agricultura Familiar. *LEISA Revista de Agroecología*, 29 (4).

PNUD (1990). *Desarrollo Humano Informe 1990*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

PNUD (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Unidad de Data El Mostrador (2016). Chile con las pensiones más bajas de países OCDE. *El Mostrador*. Recuperado de: <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2016/07/01/chile-con-las-pensiones-mas-bajas-de-paises-ocde/>

Tur-Porcar et al. (2014). *Psicología familiar. Interacción en la familia y el desarrollo de los hijos*. Valencia, Alfa Delta Digital.